TRES PILARES DEL DIALOGO EN LA PROSA DE ANTONIO MACHADO: SOCRATES, CRISTO Y CERVANTES

En la obra de Machado no son excepcionales las consideraciones sobre la educación, pero tampoco se puede decir que abunden excesivamente y ni siquiera que se den en la proporción esperable de quien no sólo fue un incansable meditador que huroneaba en los más diversos temas, sino que, además, se dedicó profesionalmente a la enseñanza. Con todo, a partir de esos fragmentos (y a la luz de su obra toda y de las relaciones que mantuvo con la Institución Libre de Enseñanza) se podría reconstruir su concepción de la didáctica entendiendo este término en un sentido amplio y flexible. Algo así es lo que aquí vamos a intentar, considerando uno de los aspectos de la pedagogía en la prosa machadiana y enfocándolo desde unas peculiares perspectivas, para acceder a esa lectura «al sesgo» que tan a menudo necesita la obra de Antonio, por estar construida, intencionalmente, de cara a esa exigencia.

Concretamente, vamos a ocuparnos a las razones que llevaron a Machado a situar al frente del grueso de su prosa al profesor Juan de Mairena, discípulo, a su vez, de otro educador, Abel Martín. Como veremos, los modelos elegidos para perfilar estos apócrifos son tan determinantes que marcan toda la poética, la estilística y, en general, todo el proceder literario de los libros que protagonizan. Los motivos y pautas así obtenidos nos proporcionarán, plausiblemente, datos muy interesantes, no sólo sobre su concepto de la educación, sino, especialmente, sobre una zona muy amplia de la producción machadiana.

En un momento determinado de su trayectoria literaria Machado va arrinconando el verso. y comienza a experimentar un tipo de prosa más especulativa, presidida por dos profesores apócrifos, Abel Martín y Juan de Mairena (1). Ambos expondrán su punto de vista

(1) Enrique Casamayor, en su artículo «Antonio Machado, profesor de literatura» («Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 11-12, sept.-dic., 1949, p. 483) distingue hasta cuatro profesores fruto de la invención machadiana. «Abel Martín, profesor de Filosofía; Juan de

sobre todo lo divino y lo humano a través del diálogo con sus alumnos. Machado era profesor de oficio, y eso tuvo que influir a la hora de ocupar a sus criaturas de ficción en algún menester. Además, la función docente permite abordar los temas más varios con flexible familiaridad. También están presentes en la prosa machadiana no pocas influencias del Krausismo (2), con todo el valor que éste concedía a la educación. Incluso podrían citarse a la hora de sentar precedentes de esta fórmula literaria autores cercanos a Machado, y que él debía conocer bien. Así, Eugenio d'Ors piensa en Nietzsche y su Zarathustra, en José Martínez Ruiz y Antonio Azorín, en Pío Baroja y Silvestre Baradox, en Valle-Inclán y el marqués de Bradomín, en Ganivet y Pío Cid. Incluso involucra (en cierto modo como eslabones de esta cadena) a Pirandello y Unamuno, con sus personajes en busca de autonomía, y al M. Bergeret en relación con Anatole France (3). En esa línea estaría Antonio Machado y su Juan de Mairena. J. M. Valverde cree que convendría remontar la cuestión de los apócrifos hasta Kierkegaard y que el propio D'Ors con el *Glosario* (más que con su Octavio de Romeu) no es ajeno a la manera de organizar su prosa don Antonio (4).

Ahora bien, independientemente de estos precedentes (y sin pretender en absoluto invalidarlos, sino, más bien, todo lo contrario) creemos que existen razones y modelos más hondos que le llevan a estructurar su prosa en forma de diálogo, al situar frente a ella personajes docentes y al elegir determinados recursos estilísticos en un sistema trabado con toda lógica y armonía.

Y digamos ya, de entrada, para que se siga con mayor comodidad el hilo de nuestra exposición, que esos grandes modelos que subyacen al Juan de Mairena machadiano son los diálogos socrático-platónicos, Cristo y Cervantes.

Mairena, profesor de Retórica; Antonio Machado, profesor de Literatura; y don Antonio Machado, profesor de Francés».

(2) De «único epítome donde se conservan lecciones de lo que ha sido el krausismo español» ha podido calificar Eugenio d'Ors el libro de Juan de Mairena («Carta de Octavio de Romeu al profesor Juan de Mairena», en «Cuadernos Hispanoamericanos», núms. 11-12, p. 295). Este aspecto de su obra es absolutamente esencial, aunque aquí no podamos entrar en él. La coherencia ideológica de Machado frente a la generación del 98 se debe, seguramente, a su participación de los ideales krausistas, que le impidieron naufragar en los vaivenes que tan ostensiblemente sacudieron a Azorín y Maeztu (por poner sólo dos notorios ejemplos). La otra tabla de salvación, que compartió con Valle-Inclán, bien pudiera verse en el Modernismo (siempre que entendamos por Modernismo el amplio movimiento europeo que sentó las bases del siglo XX; es decir, empleando el concepto en su acepción juanramoniana, que englobaría, como un fenómeno local, al propio 98).

(3) Art. cit., pp. 289 y ss. D'Ors llega a proponer como inspirador de Abel Martín al propio Francisco Giner de los Ríos.

(4) J. M. Valverde, en su introducción a «Juan de Mairena», Madrid, Castalia, 1972, pp. 20 y 21.

Uno de los principios básicos de Machado es, como se sabe, el de la esencial heterogeneidad del ser, que le lleva a buscar en sí sus complementarios, quienes toman la palabra por él hasta tal punto que llegarán a convertirle a él mismo en un apócrifo (5). A partir de esa premisa se inicia la aventura de dotar de vida a sus *otros*, cediéndoles la palabra en prosa. Esto le permitirá ejercer de filósofo sin comprometerse con las limitaciones de la especulación pura. Pero no es una cuestión de comodidad ni solamente una profunda convicción, sino, más bien, una necesidad inevitable a partir del citado postulado y sus consecuencias más inmediatas.

Al investigar históricamente el origen del concepto de otredad se encuentra con un primer hito que se le impone por la magnitud de su calibre: los diálogos socrático-platónicos que al establecer la idea universal e inmutable como objeto del conocimiento dotaron al hombre de una «tierra de nadie» objetiva, en la que podía hablarse con garantías de trascender la propia subjetividad:

> La fe platónica en las ideas trascendentes salvó a Grecia del *solus ipse* en que la hubiera encerrado la sofística. La razón humana es pensamiento genérico. Quien razona afirma la existencia de un prójimo, la necesidad del diálogo, la posible comunión mental de los hombres.
>
> (OPP, 434)

De este modo, si, por un lado, la idea se convierte en instrumento del pensar homogeneizador, es, por otro, la principal condición para un diálogo en el que, al suponer al *otro*, se le reconoce, afirmando, en consecuencia, el carácter heterogéneo del ser (6).

Sin embargo, los universales del pensamiento, descubiertos por Sócrates, eran insuficientes para que el hombre remontase su soledad y fuese, definitivamente, hacia los otros. Faltaban aún por proponer los universales del sentimiento, y esa fue la labor de Cristo:

> Grande hazaña fue el platonismo, pero no suficiente para curar la soledad del hombre... no basta la razón, el invento socrático,

---

(5) A. Machado: «Obras. Poesía y prosa», Buenos Aires, 1973, Losada, p. 807. En adelante, citaremos la obra de Machado haciendo referencia a esta edición con las siglas OPP seguidas del número de la página.

(6) Es decir, estamos entrando en la nueva «objetividad» que propone Machado, que no coincide con la acepción común del vocablo. Esta nueva objetividad no consiste en la adaptación del intelecto al objeto, sino en la comunidad del «yo» con el «tú» y los «otros» a través del diálogo. El conocimiento del propio «yo» es posible porque en su fondo yace un «otro» que posibilita el diálogo que, tras conducir a esa objetividad, permite tal operación mental (cf. Valverde, en su introducción a «Nuevas canciones» y «De un cancionero apócrifo», Madrid, Castalia, 1971, pp. 60 y 64).

para crear la convivencia humana: ésta precisa también la comunión cordial, una misma convergencia de corazones en un mismo objeto de amor. Tal fue la hazaña del Cristo. Ellos [Sócrates y Cristo] son los grandes maestros de dialéctica, que saben preguntar y aguardar las respuestas.

(OPP, 434, 435)

La obtención de unas formas universales que corroboren la subjetividad de cada contenido de conciencia individual requiere la colaboración de los *otros*, es decir, presupone el diálogo. Y aquí Machado se extiende en consideraciones extraordinariamente agudas sobre la necesidad irrenunciable de una democracia y de unas libertades de expresión pública que hagan posible ese libre intercambio del que pueda surgir, como un fruto maduro, la clarificación incluso social (7):

> Fue en Grecia, y en la divina Atenas, cien veces sagrada, donde el hombre descubre y se adueña de su propia racionalidad por el hábito de pensar en común: al amparo de las democracias helénicas, los hombres libres, los ciudadanos, convierten el pensamiento en un hábito social, en una actividad de ágora, de plaza pública. El hombre libre opina, discute, polemiza, conversa, dialoga, contrasta su pensar con el de su prójimo y averigua por sí mismo —no acepta como dogma— que las normas y categorías de su entendimiento no son individuales, sino específicas... Tal fue el resultado, más tarde, de la mayeútica socrática...
>
> Pero el pueblo ruso, sometido desde hace años al imperio despótico de los zares, sin hábitos de ciudadanía, sin libertad política, no ha conocido aún, como tal pueblo, esta forma de eucaristía.
>
> (OPP, 901)

Por tanto, ambas revoluciones se complementan, ya que la socrática, además de no considerar una importantísima parte de la psique («el corazón», por el que tomará partido Machado a la hora de ejercer como poeta) del *individuo* se basaba en un orden *social* injusto, porque el ocio meditador del ciudadano libre y dialogante se daba a expensas del esclavo, que no participaba del descubrimiento:

---

(7) Hay en Machado una constante preocupación por obtener resultados válidos para todo el cuerpo social a partir de cualquier presupuesto teórico, por muy individual que sea el terreno en que la conclusión se ha obtenido. Un ejemplo clásico puede ser su reelaboración de la definición de poesía. De «palabra en el tiempo» pasa a ser «diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo», lo que supone el compromiso histórico de forma más explícita y como de hecho mostró él en su praxis. En el texto que transcribimos este carácter de meditación social está especialmente claro si se considera que pertenece al artículo titulado «Sobre literatura rusa» y se inscribe en el área de las numerosas reacciones que despertó en todo el mundo la revolución soviética.

> Los que ayer comulgásteis con las ideas bajo los pórticos de Atenas, los ciudadanos libres cuya vida entera reposaba sobre el trabajo de los esclavos, no habéis comulgado aún con los corazones.
>
> (OPP, 902)

De lo hasta aquí expuesto se deduce que para Machado el descubrimiento histórico del *otro* va estrechamente ligado a Sócrates y Cristo. Ellos, además, fueron maestros consumados en arbitrar los cauces adecuados para que ese *prójimo* (por emplear ahora la terminología cristiana) pudiera manifestarse y convivir en armonía cordial. Nada tiene de extraño, por tanto, que Machado, a la hora de dar rienda suelta a sus complementarios, tuviese muy en cuenta los modelos de los dos grandes descubridores y los encarna en apócrifos que descubren en seguida, a poco que fijemos en ellos nuestra atención, caracteres claramente socráticos y cristianos (entendiendo la palabra en su sentido machadiano, totalmente laico).

La primera cualidad de todo maestro ha de ser saber dialogar, arte por excelencia de Sócrates y Cristo:

> Sólo Platón y Cristo supieron dialogar, porque ellos, más que nadie, creyeron en la realidad espiritual de su prójimo (8).
>
> (OPP, 948)

Pues bien, gran dialogante, Mairena se ve a sí mismo a menudo como un Sócrates mesetario, en continuo forcejeo mayéutico con sus alumnos y su entorno:

> Las razones no se transmiten, se engendran, por cooperación, en el diálogo.
>
> (OPP, 409)

---

(8) Estas palabras (que se insertan en un contexto que trata de mostrar el individualismo solipsista del siglo XIX) no están puestas en boca de Juan de Mairena, sino dichas directamente por Antonio Machado. De ahí que apostille a continuación:

> Esto es lo que quería decir mi apócrifo Juan de Mairena cuando afirmaba que el hombre del ochocientos no creyó seriamente en la existencia de su vecino.
>
> (OPP, 948)

Este comentario es una de esas finísimas coletillas con las que, en aguda ironía, puede don Antonio confirmar o tirar por tierra todo un corpus expuesto premiosamente durante páginas enteras. Aquí Machado está dando ejemplo como el primero, creyendo «seriamente en la existencia de su vecino» al tratar a Juan de Mairena como un ser autónomo (más adelante veremos que «apócrifo» en la terminología machadiana no significa 'falso' precisamente).

> Y esta cátedra mía —la de Retórica, no la de Gimnasia— será suprimida de real orden, si es que no se me persigue y condena por corruptor de la juventud (9).
>
> O por enemigo de los dioses.
>
> (OPP, 463)

> Nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior tendría muchos enemigos; todos aquellos para quienes la cultura es, no sólo un instrumento de poder sobre las cosas, sino también, y muy especialmente, de dominio sobre los hombres. Nos acusarían de corruptores del pueblo (10), sin razón, pero no sin motivo.
>
> (OPP, 583)

Tan importante es esta función del diálogo que Mairena llega a exhortar a uno de sus alumnos para que se especialice en la premisa imprescindible que permita lograrlo, es decir, en escuchar. De esta forma nos enteramos de la existencia de un tal Joaquín García, *oyente*:

> ... cierto es también que en esta clase, sin tarima para el profesor ni cátedra propiamente dicha... todos dialogamos a la manera socrática; que muchas veces charlamos como buenos amigos, y hasta alguna vez discutimos acaloradamente. Todo esto está muy bien. Conviene, sin embargo, que alguien escuche. Continúe usted, señor García, cultivando esa especialidad.
>
> (OPP, 473)

Una vez pasado su noviciado como oyente (es decir, demostradas sus aptitudes para el diálogo) es invitado por Mairena a dar sus opiniones, con lo que García se dispara y se convierte en el más respondón de los alumnos (lo que confirma sus condiciones para el diálogo), vapuleando dialécticamente a su profesor en más de una ocasión a base de esa socarronería tan bien aprendida de él (11).

---

(9) Mairena llega incluso a soñar que, de hecho, es suprimida su cátedra de Retórica por Real Orden, y que se le acusa de corruptor de la juventud:

> Lo cierto es que se me acusaba como al gran Sócrates —reparad un poco en la vanidad del durmiente— de corruptor de la juventud.
>
> (OPP, 642)

(10) Aquí tenemos otra «doble versión» semejante a la esbozada en la nota 7. Del Mairena «corruptor de la juventud» se pasa al «corruptor del pueblo», ya que existe siempre en Machado una aspiración a convertir la cultura en algo popular, que salga fuera de las aulas y las trascienda, un vez se ha asentado con solidez una ciencia hecha en el recogimiento del gabinete. Eso entendía él por «Extensión Universitaria» y bien lo demostró con su participación en la Universidad Popular de Segovia y al resucitar a Mairena para hacerle hablar desde las páginas de «Hora de España». Desde allí, el profesor apócrifo ejerció una especie de magisterio público y extensivo, volviendo a aquella democrática tribuna abierta en la que su primigenio maestro Sócrates se dedicó a corromper a Atenas para bien de Occidente.

(11) Véase una de estas divertidas controversias entre Mairena y García en OPP, 530 y 531.

En otras ocasiones Mairena reivindica al otro gran dialogante, Cristo, y reconoce claramente que no es posible la pedagogía sin tener en consideración a ambos maestros lo que constituye una clara muestra de que los modelos que subyacen a este apócrifo son (por ahora y a esta altura de nuestra exposición) Sócrates y Cristo:

> Nuestros yerros esenciales son hondos, y es en nosotros mismos donde los descubrimos. Si acusamos de ellos a nuestros prójimos... cometemos dos faltas imperdonables: la una antisocrática, no acompañando a nuestro prójimo para ayudarle a bien parir sus propias nociones, otra, mucho más grave, anticristiana, por no haber leído atentamente aquello de la primera piedra, la profunda ironía del Cristo ante los judíos lapidadores. Y ¿qué pedagogía será la nuestra si nos saltamos a la torera ese par de maestros?
>
> (OPP, 648)

De aquí deriva, en consecuencia, la exaltación de la ocupación docente, y empezamos a ver claros los hondos motivos que tenía Machado para elegir como protagonistas de tantas de sus páginas a unos pedagogos:

> Sin maestros, por revelación interior o por reflexión autointrospectiva, pudimos aprender muchas cosas, de las cuales cada vez vamos sabiendo menos. En cambio, hemos aprendido mal muchas otras que los maestros nos hubieran enseñado bien. Desconfiad de los autodidactos, sobre todo de los que se jactan de serlo.
>
> (OPP, 397, 398)

Es decir: ¿cómo creer en el *auto*didactismo, cuando el ser es sustantivamente, *hetero*géneo, y el conocimiento supone y requiere el diálogo y la mayéutica? (12).

Las consecuencias estilísticas que de la adopción de estos modelos se derivan están a la vista.

En primer lugar, la ironía (13):

---

(12) En uno de los elogios a Francisco Giner de los Ríos, al proponerlo Machado como modelo profesoral nos lo presenta investido de esas dos cualidades pedagógicas procedentes de Cristo y de Sócrates: el amor y la mayéutica. Esto confirmaría la propuesta de D'Ors (indicada en la nota 3) de que uno de los modelos de Abel Martín y Juan de Mairena fuese Giner de los Ríos:

> En su clase de párvulos como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era socrático: el diálogo sencillo y persuasivo. («Boletín de la Institución Libre de Enseñanza», núm. 664, Madrid, 1915).

(13) La coherencia estilística de la ironía en un contexto de alteridad es absoluta, al constituir uno de los atajos más idóneos para presentar una afirmación central a la vez que se sugieren, a modo de excrecencias laterales, las proposiciones contrarias (o, más

> Reparemos —decía Juan de Mairena— en que la humanidad produce muy de tarde en tarde hombres profundos, quiero decir, hombres que vean más allá de sus narices (Buda, Sócrates, Cristo)... Son hombres de buen gusto, dotados siempre de ironía, nunca pedantes —ni siquiera escriben.
>
> (OPP, 640)

No es necesario insistir en la ironía socrática, pero quizá convenga hacerlo respecto a la de Cristo. La imagen que de él propone Machado es bastante heterodoxa y personal. No entraremos ahora en la cuestión; bástenos insistir en el desenfado y falta de solemnidad (14) que nuestro poeta trata de restituirle, para salvarlo del polvo mortífero de los nuevos escribas:

> Y el Cristo volverá, creo yo, cuando le hayamos perdido totalmente el respeto; porque su humor y su estilo vital se avienen mal con la solemnidad del culto.
>
> (OPP, 610)

Machado insiste en que le daban tan poca importancia a su magisterio que ni siquiera llegaron a escribir, lo que los convierte, casi automáticamente, en apócrifos. En efecto, Sócrates es, en cierto modo, un apócrifo de Platón (15) y Cristo un apócrifo de los evangelistas. Pero, previamente, es necesario aclarar qué entiende Machado por *apócrifo*, concepto que, como tantos otros empleados por él, no coincide exactamente con el lenguaje común.

Don Antonio distingue dos tipos de pasado: el de los historiadores (que es inmutable) y el que vive en la conciencia de alguien (concretamente, en su memoria, a la manera proustiana) y puede, por tanto, ser incorporado al presente y al porvenir («ni está el mañana —ni el ayer— escrito»). A este último pasado lo llama *apócrifo*.

De aquí su concepto de enseñanza: el maestro vive en el discípulo, pero no por transmisión mecánica o reproducción literal, sino por el sistema complementario del diálogo:

---

bien, «complementarias). En este sentido, continuarían la propuesta machadiana de doble lectura, que permite encararse con un texto de frente y al sesgo. El sistema de apócrifos obliga también, por supuesto, a una lectura oblicua, ya que nunca sabemos hasta qué punto Machado comparte los puntos de vista de sus criaturas.

(14) Cristo incluso es presentado en otros textos como un astuto y ocurrente Pero Grullo que fue capaz de humanizarse hasta un grado que no se le había ocurrido a ninguno de los solemnes dioses de cartón piedra del Olimpo: murió, participando de la máxima flaqueza humana, pero resucitó para seguir siendo un inmortal. Fue, nos dice Machado, un segundo huevo de Colón (OPP, 612).

(15) Por esta razón, utilizamos los dos filósofos como entidades prácticamente intercambiables en este trabajo, a efectos de lo que nos interesa mostrar.

> Lo importante es que entendáis lo que yo quiero deciros. Suponed que el Sócrates verdadero, maestro de Platón, fue, como algunos sostienen, el que describe Jenofonte en sus *Memorables* y en su *Symposion,* un hombre algo vulgar, y aún pedante. No sería ningún desatino que llamásemos apócrifo al Sócrates de los *Diálogos* platónicos, sobre todo si Platón lo conocía tal y como era y nos lo dio tal como no fue... De un pasado que pasó ha hecho Platón un pasado que lleva trazas de no pasar.
>
> (OPP, 480)

Por eso Machado homologa el diálogo de Sócrates en Platón con el Cristo en los evangelios, porque son sistemas paralelos de complementariedad a través de unos apócrifos (es decir: lo mismo que él estaba intentando con los suyos propios, siguiendo esos dos grandes maestros):

> En cuanto al diálogo... el de Sócrates en Platón y el de Cristo en los evangelios.
>
> (OPP, 950)

Ahora bien si Sócrates y Cristo proporcionaron los modelos digamos «ideológicos» de la opción machadiana por un protagonista profesor, queda por explotar una pauta más «técnica», más literaria, que sospechamos es, primordialmente, Cervantes (16).

Los elogios que Machado dedica a Cervantes son de los más altos que en su obra puedan encontrarse, lo que ya nos pone en la pista de un posible influjo cervantino:

> Por mi parte —añadía Mairena— sólo me atrevería a decir que leyendo a ...Cervantes me parece comprenderlo todo.
>
> (OPP, 463)

Estos indicios se empiezan a confirmar cuando don Antonio ve en el *Quijote* un sistema de *complementarios* perfectamente perfilado en las personas de D. Quijote y Sancho:

> [Estudiando los elementos folklóricos del *Quijote* los cervantistas nos podrían decir] Cómo distribuye [Cervantes] los refranes en esas dos conciencias complementarias de Don Quijote y Sancho.
>
> (OPP, 460)

Esto convierte al *Quijote* en un vasto diálogo de complementarios, que lo alinea como eslabón más en la trayectoria de los otros dos grandes diálogos mayéuticos:

---

(16) Insistimos en que todo esto no descarta paralelismos o influjos menos remotos.

> Contra el *solus ipse* de la incurable sofística de la razón humana, no sólo Platón y el Cristo, milita también en un libro de burlas el humor cervantino, todo un clima espiritual que es, todavía, el nuestro.
>
> (OPP, 499)
>
> Y aquí nos aparece el diálogo entre dos mónadas autosuficientes y, no obstante, afanosas de complementariedad, en cierto sentido, creadoras y tan afirmadoras de su propio ser como inclinadas a una inasequible alteridad. Entre Don Quijote y Sancho... la razón del diálogo alcanza tan grande profundidad, que sólo a la luz de la metafísica de mi maestro Abel Martín puede estudiarse.
>
> (OPP, 628)

De esta forma se ha cerrado el objeto propuesto: la metafísica de Abel Martín arroja un luminoso haz sobre estos tres virtuosos del diálogo porque, en buena medida, se ha forjado a través de su meditación (y, en cierto sentido, a su luz se han podido descubrir esas facetas de los grandes personajes históricos, puesto que estamos en un sistema dialogante: la metafísica del apócrifo permite ver así a esos maestros y éstos, a su vez, hacen posible la filosofía de Martín).

En conclusión: Machado, en un momento determinado, se dedica a escribir más bien el diálogo de un profesor con sus alumnos. Esto debe responder a motivaciones profundas. En efecto, se basa en la tesis que vertebra toda la poética machadiana: el ser es, esencialmente, heterogéneo. En consecuencia, la manera de explorarlo y escribir acerca de él debe tener en cuenta esa importante premisa. Pero nuestro poeta no está solo a la hora de buscar un molde en que lanzarse a esa aventura. Cuenta, por de pronto, con las construcciones literarias y filosóficas de quienes, antes que él, descubrieron que el *otro* era tan real como el propio *yo*. De ahí que adopte sus postulados y sus módulos expresivos: el diálogo, la ironía, el magisterio mayéutico, el sistema de apócrifos (todo ello ligado a la complementariedad que la tesis de la heterogeneidad del ser supone). Tenía, además, a Cervantes, un literato «profesional», de talla excepcional que, por añadidura, escribió en español y sobre España, poniendo al día y recreando en sus aspectos más literarios esas técnicas, al profundizar eficazmente en ese laberinto de ficciones (17). Ellos se constituirán, en consecuencia, en sus tres grandes modelos.

---

(17) Cuando Machado juega con sus apócrifos utiliza, por supuesto, el viejo recurso inherente a toda ficción: los personajes hablan, en un grado u otro, por el autor, que se escuda en ellos para decir cosas que se le haría más cuesta arriba afirmar directamente y bajo su personal responsabilidad. Esto es evidente. Pero tal recurso tiene un hito fundamental y, en cierto sentido, irrepetible, por la profundidad y alcance que todo auténtico innovador

Todo esto bien pudiera resumirse en un texto hermano del citado más arriba sobre Cervantes (*complementario* sería la palabra adecuada, ya que aquél pertenecía a Juan de Mairena y éste procede directamente de la pluma de don Antonio Machado):

> Extraño y maravilloso mundo ese de la ficción cervantina, con su doble espacio y doble tiempo, con sus [dobladas] series de figuras, las reales y las alucinatorias, el de esas dos conciencias, el de esas dos mónadas de ventanas abiertas, que caminan y que dialogan. Buscadle precedentes... En cuanto al diálogo, sí; el de Sócrates en Platón y el de Cristo en los evangelios.
>
> (OPP, 950)

CARLOS BARBACHANO
AGUSTIN SANCHEZ VIDAL

Zumalacárregui, 6
ZARAGOZA

---

es capaz de dar a lo que conoce como nadie, por haberlo descubierto él. Ese es el caso de Cervantes: su sistema literario presenta tal grado de finura, humor e «ironía» (es la palabra exacta), que sigue siendo reconocible a varios siglos de distancia, a pesar de que sobre sus supuestos se haya asentado el grueso del género novelesco, que ha explorado e incluso distorsionado sus hallazgos en todas direcciones. Sería muy prolijo mostrar punto por punto la coincidencia de muchos de los mecanismos machadianos empleados en Juan de Mairena con sus homólogos cervantinos. Sería realmente complicado y excede totalmente de los límites de este trabajo, al igual que no nos es posible estudiar, ya más al detalle, los paralelismos concretos con los «Diálogos» platónicos y los evangelios.